

RENÉ HOUSEMAN

Houseman es el apellido de un ídolo balompédico sin calendarios de Huracán, Argentina y el mundo que no necesita al mismo para ser reconocido por todos lados: simple y complejamente René, wing derecho y rey de la gambeta que hizo encandilar las palmas de todos los estadios que pisó y puso de pie, más los televisores que lo reprodujeron desde América hasta Europa, África y Asia (salve, gira por Japón contra el Valencia de Kempes y su Globo que lo erigió protagonista estelar).

Las estadísticas, demasiado frías para vestirlo, cuentan que fue la magia de uno de los mejores elencos futbolísticos de la historia, el goleador «albiceleste» del Mundial 74', un campeón abanderado del triunfado en 1978, el séptimo artillero de la Selección en esa competencia, el sexto del epicentro capitalino donde danzan jacarandás y séptimo con más presencias, y el propio al que más veces citó el combinado nacional, entre un sinfín de otros datos. Pero lo cierto es que él no encuentra descripción certera sólo con

marcas y números: fue mucho, muchísimo más que eso.

Fue fútbol, barrio, villa y potrero. Fue un «Loco». A veces metía golazos y ni siquiera los gritaba. Era capaz de amagar hasta tres o más veces al mismo rival, sin parar hasta verlo encerrado en un chaleco de fuerza. Contagiaba su locura a la hinchada quemera, y desde las graderías bajaba el «Olé, olé, ¿cómo lo paran a René?». O a los patrios que lo gritaban: «el Loco es lo más grande del fútbol nacional». Fue pícaro y atorrante. Estandarte de indisciplina, no se llevaba bien con el profesionalismo. En las concentraciones, cuando no se escapaba de éstas, compartía habitación con Carrascosa, hombre tranquilo y correcto por demás. Ni eso funcionaba: dormía poco y escuchaba la radio al máximo volumen. Eso sí, en cancha, se amagaba hasta a los pozos... Es que René, como profesional, era un profesional de su propio encanto. Uno que lo hubiera hecho ad honorem, sólo por sincero placer de «ser».

Nació en La Banda, Santiago del Estero, el 19 de julio de 1953. Dejó a muy temprana edad

esos pagos, que de tanto embarrarlo en sus zanjas lo bautizaron «Chanchito», para mudarse a la gran ciudad. Su rutina de niñez empezaba a las 6 h, cuando se despertaba para patear su pelota con ambas piernas contra un paredón. Lo hacía por afición, sin pensar en el futuro. Curiosamente, en su primer club de barrio, «Los Intocables», fue marcador de punta, lejos del puesto que lo marcaría a fuego. Tiempo más tarde quiso probar suerte en Excursionistas, dueño de la mitad de su amorío, aunque dirigentes sin tino le cerraron las puertas debido a su origen humilde y su físico no muy prometedor. Por eso fue Defensores, la contra, la antesala de su gloria: su aporte de 16 goles en 36 partidos fundamentó un inmediato ascenso y desnudó sus condiciones fuera de lo común, por lo que se transformó en pretensión de muchos, aunque el team del sur porteño terminó ostentando, por pedido exclusivo del «Flaco» Menotti, la joya de la Villa del Bajo Belgrano.

Arribó al aerostato de Jorge Newbery en el verano de 1973 y tras su aparición comenzó el pasmo: por su apellido de origen alemán, esperaban a un rubio corpu-

lento, mas se sorprendieron al ver que «Hueso», lejos de aquel estereotipo, era delgado, medía 1,65 m y dejaba a la vista sus piernas chuecas y poco fibrosas con las medias arremangadas hasta los botines. Finalizado su primer amistoso, «El César» dejó garantías sin errores: «Ese flaquito desgarrado que ustedes vieron hoy, va a ser figura del fútbol argentino»; y el 4 de marzo, en su debut, Houseman fue una de las claves del 6-1 a favor.

Su trama en el Parque fue tan feliz como sus primeros pasos, y sus pasos, en definitiva, fueron los de un rey hacia el trono y del trono al pueblo. El mejor coronado del «Equipo de los Sueños» en 1973 fue, a la vez, bandera de toda historia de la década del 70' digna de ser contada. Con La Quema alcanzó una preciada *Estrella*, el pase a las semifinales de la Libertadores de 1974, dos subcampeonatos, un tercer puesto y memorables actuaciones en torneos amistosos internacionales.

Como jugador no era tal, sino una maravilla. Pertenece a la estirpe de George Best, el crack irlandés del Manchester United que ganó un Balón de Oro y logró la hazaña de convertir seis goles en

un mismo partido, y a la de Jimmy Johnstone, aquel escocés histórico del Celtic que con sus 1,57 metros de altura se ganaba la ovación de los hinchas merengues cada vez que amagaba a un español durante un partido homenaje al quemerista Di Stéfano contra el Real Madrid. Más aún, es conocido como el «Garrincha Blanco» en comparación con el astro brasileño y considerado como el último wing que marcó el fútbol argentino, para algunos, o el mejor extremo derecho del país, para otros. «Fue mejor que Maradona» afirman una gran cantidad de eruditos de tribuna que lo vieron desplegar su potencial. Incluso, el propio Menotti, quien fue considerado por Houseman como el técnico que más lo influyó y de quien guardó una imagen paternal muy profunda, lo calificó como «una mezcla de Maradona y Garrincha».

No fueron los únicos elogios que recibió en vida y seguirá recibiendo en eternidad. De hecho, la lista de estos es interminable. Cuando apareció en Primera División, fue comparado con Omar Corbatta. Carlos Babington, gran entendido de este deporte, aunque también entendido en mancharlo después queriendo o no, lo seña-

ló como «el jugador más talentoso de todos» y agregó: «René Houseman fue mejor que Maradona y Pelé». «René fue el mejor en su puesto. Su talento e inspiración sólo se podían comparar con Diego Maradona», opinó por su parte Miguel Brindisi, uno de los mediocampistas más completos del fútbol argentino que en distintos clubes y oportunidades jugó y salió campeón con los dos monstruos que enlazó en la misma frase. Otro que sumó su aporte para entender la magnitud de tamaño pequeño gigante fue el «Gitano» Miguel Juárez (técnico del recordado subcampeón del 76'), quien le ofrendó bellas palabras: «Para mí nunca existió un jugador del estilo de Houseman. Pelé, con todo su talento, no es capaz de inventar en velocidad como René. Es el único que gambetea en el aire, sin tocar el piso. Aun admirando a Pelé, René es más dotado, más loco, más genial, más inventor con la pelota». El holandés Joan Cruyff, por su parte, lo consideró uno de los mejores cinco jugadores del mundo.

Y resulta esencia que las comparaciones no son infundadas, ya que existen reales parámetros. Esto lo pudo confirmar el mismo

elogiado, quien en alguna entrevista fue contundente: «yo lo enfrenté y le hice un caño» dijo, recordando a un tal Pelé... Y no es el único ejemplo. El «Loco» se dio un gusto que muy pocos hombres del fútbol: se destacó enfrentando, en distintas ocasiones, a Diego Armando Maradona, Edson Arantes do Nascimento (Pelé), Johan Cruyff y Franz Beckenbauer, quienes junto a Alfredo Di Stéfano, ex Huracán que hoy se abraza con René en la infinitud eterna, Lionel Messi y Cristiano Ronaldo, que actualmente le sirven de homenaje, son considerados los mejores futbolistas de la historia, al menos para la FIFA y otras entidades entendidas en la materia, que omiten erróneamente a quien también le cabe tal distinción: el magnánimo aerostático Guillermo Antonio Stábile.

Era imprevisible. Veloz, astuto, imaginativo. Pícaro, ingenioso, hábil con las dos piernas. Preciso con sus pases, guapo, goleador. Talento, brillo, desequilibrio y equilibrio a la vez. Dueño de un amague extraordinariamente beatífico y propio de él, y sólo de él, poseía un cambio de velocidad descollante y parecía quebrarse al gambetear. Enganchaba

con el tobillo, casi con el taco. Deslumbraba tanto que más de una vez fue dueño de aplausos de la tribuna del rival, algo impensado en un fútbol tan vehemente.

En paralelo, como en su casa que descansa en un palacio, su huella por la Selección Argentina y la Copa Mundial de Fútbol de la FIFA fue grandilocuo. Debutó en 1973 en el elenco patrio y al año fue citado al certamen ecuménico de 1974 en que el conjunto del antiguo jugador de la casa Cap agrupaba a figuras de notabilísimo primer nivel de las cuales cuatro eran huracanadas: además de la René, Brindisi, Babington y Carrascosa, siendo la de la acrópolis en el Parque de los Patricios la institución que más aportes concretó al cuadro de la escarapela en aquella competencia. Aunque a pesar de que las estrellas que integraban plantel no engranaron en sólido elenco, Hueso fue, por escándalo, el mejor de los nacionales y dejó fascinado tanto a todo el continente europeo como a la entera Tierra. Asimismo, fue el goleador argentino de la contienda ecuménica con tres gritos. Su primer gol fue enmarcado en los mejores cuadros mundialistas: contra Italia, ante la

mirada de casi 70 000 aficionados, el 19 de junio a las 19:49 h, tras un exquisito pase de Carlos Babington, el «Loco» disparó con su zurada un tremendo bombazo de aire cruzado que se clavó en el ángulo izquierdo del arco que defendía el legendario Dino Zoff, uno de los mejores porteros de toda la historia. El resultado fue 1-1. Su segundo tanto, se dio exactamente el 23 de junio a las 16:18 h, en la goleada por 4-1 sobre Haití. Cerró cuenta a las 19:50 h del 3 de julio, en el empate por la mínima con Alemania Democrática, que no fue anfitriona de la Copa sólo por un muro. Luego levantó el trofeo en suelo propio en 1978 anotando en esa edición un solo (aunque muy sacro) grito a los 67' de Argentina 6-0 Perú, del 21 de junio a las 19:15 h. Para ese entonces todavía no habían jugado Batistuta, Diego (otro del que su solo nombre ya resulta referencia inequívoca), Messi (sinónimo de Diego y el astro huracanense Di Stéfano) e Higuaín, por lo que, con cuatro dianas y junto a Luque, René era, hasta ese momento, el argento que más veces había gritado en Mundiales, sólo por debajo de Kempes (seis marcas) y otro eter-

no eterno de las memorias patrias: Guillermo Antonio Stábile, goleador y «Diego», «Messi» y «Di Stéfano» del primer Mundial con ocho goles que veinticuatro años tardaron en desentronizar de la cima del mundo y el fútbol.

Tras esto, obtuvo una repercusión global como nunca antes. Hasta «Don Ramón», aquel gruñón entrañable de «El Chavo del 8», lo elogió. Y no fue el único. «Ringo» Bonavena, Rey de Golpes, una vez lo sorprendió: «¿Cómo andás, Loco? ¿Sabés que hasta Frank Sinatra me preguntó por vos?». Más allá, el desquiciado de la redonda nunca olvidó sus raíces ni perdió su brújula que siempre señalaba al barrio. Se autodenominaba «villero» con franco orgullo y no abandonó aquellas calles de tierra que hoy se encuentran asfaltadas. Podría haber tenido todo lo material, pero no le interesó; sus sentimientos pasaban por el fútbol y su gente. Tampoco era afín a la fama ni guardaba enigmas secretos en torno al «¿qué dirán?». Sencillamente, fue dotado por una compleja humildad. Jamás pudo acudir al abandono de su libre espíritu de rebeldía: muchas veces, había que ir a buscarlo a la villa,

su amado mundo, al ausentarse a entrenamientos y concentraciones por ir a jugar un picado.

Lamentablemente, tenía otros dos vicios mucho más insanos: cigarrillos y alcohol. Llegó al extremo de fumar en los entretiempos o jugar borracho, tras sinfines de duchas y litros de café, y así mutilar una y un millón de veces a las defensas rivales y salir ovacionado por ganadores propios y perdedores ajenos, que mucho más ganaban al ver a ese ajeno tan propio de admiración. La escena, sea cual sea su estado, era invariable: una locura del Rey de la Gambeta. No obstante, y pese a que «gambeteaba hasta las patadas», a veces no salía en pie: a menudo se hacía el lesionado para darle lugar a algún compañero. En ese ayer, quien no jugaba, no cobraba.

En suma, vivió 277 encuentros y marcó 109 goles en la entidad alba y bermeja (1973-1980, 1981 y 1983). Se embanderó argentino 55 veces, siendo el huracanista más citado por la Selección con una notable observación: de los primeros cuarenta y cinco apellidos en la lista de presencias, sólo él (puesto 38), Gius-ti (39) y Messi (1) litigaron todos

sus juegos con Argentina enrolados en un mismo club. Además, vistió de «Dragón» (1971-1972 y 1982), River (1981), Colo-Colo (Chile, 1982 —campeón de la Copa Chile de aquella añada—), AmaZulu (Sudáfrica, 1983) e Independiente (1984 —campeón de esa Libertadores—) hasta retiro en Excursionistas (1985).

En un acto que invitó a recuerdos para emocionar, el lunes 8 de agosto de 2016 a las 18 h en el Salón Dorado de la Legislatura Porteña, tuvo lugar y fecha su Declaración de Personalidad Destacada del Deporte. Con iniciativa del entonces diputado Claudio Niño y co-autoría de los legisladores Claudio Heredia y Daniel Presti, se celebró la ley en nombre de una justicia honorífica que demasiado se hizo esperar. A la gracia en homenaje acudió una multitud de quemeros; autoridades del club; hinchas y dirigentes de Excursionistas, su otra casa de amorío; ex compañeros de la talla de Brindisi y Larrosa; familiares y afectos del «Hueso» de René. Sin embargo, fue una fiesta del entero fútbol, más allá de los colores y las latitudes.

En su cultura, libros y canciones se escribieron. Pero, por

más bellas que sean las letras que lo intenten retratar, es tan inenarrable que no existen palabras para su cuadro. No hay palabras, y nunca las hubo. Pero, a la vez, las habrá...

Las habrá siempre para recordarlo. Siempre para homenajearlo. Por más que no basten para vestirlo, siempre tiene que haber palabras sobre Houseman. Siempre que haya sobre Huracán, tiene que haber sobre René Orlan-

do Houseman. Porque, sin dudas, «H»ouseman y «H»uracán se escriben con la misma «H». Y su historia, sobre todo en estos días de culto y homenaje, comienza con la misma letra. Así será un eterno habitante de la memoria más meliflua. Un eterno responsable de que, aún hoy, todo hincha de Huracán quiera la «7». Y un eterno responsable de que hasta algunos quemeritos nazcan con su nombre.

Gonzalo Hernán Mimici